

ojos. Desde allí gozaron de la magnífica y sorprendente vista sobre el volcán de Puebla, el Pico de Orizaba y de la Sierra Malinche, que en lo antiguo separaba el territorio de los choluleses del de los tlascaltecas.

Los soberanos, después de haber admirado el espectáculo que desde allí presentaba la naturaleza, fueron á visitar el convento de San Francisco, los padres de cuya orden sabía muy bien Maximiliano que habían sido los civilizadores del Nuevo-Mundo. Mucho llamó la atención de ambos cónyuges la capilla real perteneciente á la época de Hernán Cortés; manifestaron pena de encontrarla en un estado de bastante deterioro, y expresaron el deseo de que se hiciesen las reparaciones necesarias para conservar aquella iglesia monumental.

1864. Hechas estas visitas, los soberanos regresaron á palacio para seguir su viaje á la capital de Méjico.
Junio.

Entonces recibió nuevas felicitaciones de las autoridades de Cholula, deseándole un feliz viaje; y el emperador, puesto de pié, pronunció estas palabras: «Con placer saludo á la industriosa Cholula del Imperio. No puedo ver con indiferencia una población que tanto excitó el interés de mis ascendientes, quienes la consideraron digna del título de ciudad y le concedieron sus armas. No puede menos de serme simpática la primera que me ha manifestado simpatías, llamándome al trono.

»Al pié de esta pirámide, construida por vuestros antepasados, existió un gran pueblo: del sepulcro de éste puede renacer una gran ciudad engalanada con los adornos de la civilización; pues deben aun existir en los des-

cendientes de los obreros de este gran monumento, las virtudes cívicas que tan grandes les hicieron. Yo procuraré desarrollarlas, contando con vuestra ayuda, y me consideraré feliz cuando vea á Cholula engrandecida y próspera.»

Eran las once de la mañana del 9 de Junio, cuando la imperial comitiva salió de Cholula. La marcha desde este punto hasta la hacienda de Zoquiapam, donde los soberanos pasaron la noche del día 10, á la vista ya de la capital, había sido una continua ovación; un animado paseo en medio de una lluvia de versos y de flores, de músicas y de vítores.

La hacienda de Zoquiapam se halla situada en el grandioso valle de Méjico, y los habitantes de la populosa capital esperaban ver entrar en ella á los soberanos el siguiente día, como se había anunciado en el programa por las autoridades. Sin embargo, no sucedió así: el emperador y su esposa dispusieron visitar, antes de entrar á Méjico, el célebre santuario de la Virgen de Guadalupe que se halla á una legua de la capital, y dormir en la pequeña población, para entrar al siguiente día en la antigua corte de Moctezuma.

Sabido esto por los habitantes de la capital, se dispusieron para salir á recibir á los soberanos en su marcha á la Villa de Guadalupe.

Como presencié esos acontecimientos y los describí entonces con toda exactitud en un artículo que escribí y vió la luz en un periódico de Méjico llamado *El Cronista*, verteré aquí lo principal de lo que en esa descripción dije, sin más objeto que el de dar á conocer lo que realmente pasó.

A las ocho de la mañana del día 11 de Junio, día en que sus majestades debían llegar á la Villa de Guadalupe, distante una legua de la capital, mas de trescientos jóvenes de lo mas selecto de la sociedad, se reunieron en la Alameda de Méjico, montados en arrogantes caballos, para marchar á Guadalupe y salir al paso á los soberanos y victorearles

En la misma Alameda, y á la misma hora, se reunían también, en lujosas carretelas abiertas, las señoras mas distinguidas de la sociedad, lujosamente vestidas, con el objeto de recibir poco antes de llegar á la Villa, á la emperatriz.

1864. A las nueve de la mañana la frondosa Alameda ostentaba, en mas de ciento cincuenta carrozas decubiertas, las jóvenes mas hermosas que encierra la capital, y cuyos hechizos admiraba un gentío inmenso que habia acudido desde temprano á presenciar aquella agradable reunion.

Entre esos lujosos carruajes, hacíaase notar la linda carroza del señor Lizardi, que iba tirada por ocho arrogantes caballos.

A la brillante comitiva de á caballo y de coche, es preciso agregar la no menos numerosa que se reunía en la estacion del ferro-carril, y que á pié, y provisto cada individuo de una pequeña banderita con una águila imperial en medio, debía salir también al encuentro de sus majestades.

Reunidas todas las señoras en sus carruajes, y los señores á caballo, salieron de Méjico á las diez y media de la mañana, revelando en sus semblantes la alegría y el en-

tusiasmo, y partieron por la puerta de San Lázaro á situarse en el Llano de Aragon, por donde debían pasar el emperador y su augusta consorte, para la Villa de Guadalupe. El número de carruajes, unido á los que fueron llegando despues, se aumentó á mas de doscientos, y llegó á quinientos el de personas á caballo.

Los dos prefectos de Méjico y el ayuntamiento estaban ya en la Villa.

Eran las diez menos cuarto cuando el señor arzobispo de Méjico llegó á Guadalupe en una magnífica carretela, tirada por cuatro caballos oscuros.

A poco entró una batería de artillería mejicana, cuyos soldados iban perfectamente vestidos.

Tras ella se presentaron, en un coche, el señor arzobispo de Michoacan, señor Munguía, y el señor obispo de Oajaca, Covarrubias.

A la noticia del próximo arribo, la gente corrió á poblar aquel punto, que pronto se vió apretado de personas de todos sexos, edades y condiciones, y de un número considerable de indios que de los pueblos comarcanos habian llegado con el solo objeto de ver y saludar con vivas y sinceras aclamaciones á los soberanos.

A la una y media de la tarde llegaron estos á la rancharía de Santa Cruz, donde les aguardaba el ayuntamiento de Atzacapotzalco. Despues de una breve detencion siguieron su marcha á Guadalupe. Desde el Peñon y aun mas allá venían precedidos y seguidos de multitud de particulares á caballo.

En el Llano de Aragon los carruajes se colocaron en doble fila, formando inmensa y vistosisima parada, y otro

tanto hizo la gente de á caballo. Un grito inmenso de entusiasmo saludó la aparicion de sus majestades, quienes descendieron del coche de palacio, en que venian desde Santa Cruz, y saludaron afectuosamente á aquella inmensa y escogida multitud. Al momento de acercarse, las damas y caballeros, pié á tierra, se apresuraron en tropel á salirles al encuentro entre una lluvia de flores salpicadas de oro y plata, y entre los vivas mas ardientes y sinceros que de todos aquellos corazones salieron poblando los aires, victoreando al emperador Maximiliano, á la emperatriz Carlota, al emperador y la emperatriz de Francia, á Leopoldo, rey de Bélgica, al Austria, y á Méjico. Paró el carruaje de los soberanos, y dos comisiones, la una compuesta de las señoras D.^a Carlota Escandon, D.^a Paz Elguero, D.^a Ignacia Moran, D.^a Leocadia Molinos de Arango, y la otra de los señores D. Luis G. Cuevas, Don Juan Casa Flores, y D. Hilario Elguero, presentaron á sus majestades las felicitaciones de los habitantes de la capital del imperio.

1864. Aquellas felicitaciones no eran oficiales;
Junio. eran dadas por personas verdaderamente notables de la sociedad por su buena posicion, su capacidad y su honradez; eran felicitaciones espontáneas, nacidas de la esperanza que abrigaban que del nuevo orden de cosas brotaria la paz y la tranquilidad, la union de todos los partidos, y, en consecuencia, la terminacion de las guerras civiles que habian conducido á su ruina á una patria que todos los partidos amaban con igual ardor. En la felicitacion de los caballeros al emperador, se decia que los «vecinos de la ciudad de Méjico, nacionales y extranjeros, concordes

todos en las aspiraciones á la paz y al orden público, sin distincion de opiniones políticas, y poseidos del mas profundo respeto, se apresuraban á felicitarle asi como á su augusta esposa, con motivo de su llegada, prometiendo cooperar con todos sus esfuerzos á la realizacion de la noble mision que la Providencia le habia encomendado.»

La felicitacion de las señoras, dirigida á la emperatriz, expresaba el sentimiento religioso del bello sexo de Méjico, y que la idea del catolicismo era la que especialmente movia y dominaba á la sociedad en general: «Señora;» decia la felicitacion: «La presencia de V. M. I. en esta parte del Nuevo-Mundo, como compañera del magnánimo príncipe destinado por el cielo para gobernarlo, viene á realizar tantas glorias diversas reunidas en el trono que se levanta hoy sobre el amor de estos pueblos. A nosotras nos cabe la dicha de representar cerca de V. M. las familias de la capital del imperio, y ser el órgano de esos sentimientos de tierna adhesion y acendrada fidelidad que V. M. está presenciando en medio de una aclamacion y de un regocijo que no tiene límites, y que serian el mejor título, si pudiese haber algo superior á sus virtudes insignes, de la corona que ciñe sus sienes, y prepara á Méjico un nombre digno de la estirpe gloriosa que trajo con el cristianismo á estas regiones lejanas la cultura y la civilizacion.»

1864. »La política, Señora, hablará bajo mil formas diversas del cambio feliz que se está realizando y excita tan vivo y profundo interés en Europa y América: á nosotras solo nos toca contemplar en V. M. las cualidades eminentes de que la ha dotado la Providen-

cia Divina, sin duda con el designio de que brille en todas ellas todo lo que hay de elevado en la majestad del trono, de tierno en el corazón de los príncipes, y de ejemplar y modesto en el seno de la vida privada. Con V. M. y vuestro augusto esposo, que son objeto de la admiración pública y de las delicias de este vasto imperio, comienza la dinastía que toma el nombre de su nueva patria: ella podrá figurar al lado de la de Carlos V, y María Teresa, de la de Luis Felipe y Napoleón III, y de la del soberano respetado y querido, padre de V. M. I.

»Nosotras, Señora, no nos cansaremos nunca de bendecirla por los servicios que va á prestar á la religion, fuente de la grandeza de Méjico y de ese carácter generoso que se ennoblece hoy con un modelo y ejemplo que no puede menos de admirarse. Heredera digna V. M. I. de dos grandes reinas, vuestra abuela y vuestra madre, nada puede sufrir la religion ante su trono; y cuando el cielo, con singular clemencia, nos envia una prenda de paz y de union que haga olvidar cuanto ha podido dividir á los mejicanos, no nos podemos engañar asegurando á V. M. que van á ser cumplidos esos votos y esa esperanza.

»Permítanos, pues, V. M. presentarle el profundo homenaje de nuestro respeto y de nuestra obediencia, y la ardiente gratitud de que están poseidas las familias de la capital, que bendicen su nombre, y no cesarán nunca de pedir á la Providencia Divina por la felicidad del reinado de su augusto esposo, á quien dispensa tan visiblemente su proteccion bondadosa. Su genio y su piedad aseguran á su nueva patria un nombre digno en el mundo, y una paz prolongada.»

Las aclamaciones y vivas no cesaron en toda la travesía hasta llegar á la calzada de la Villa de Guadalupe. En toda esa calzada aguardaban á SS. MM. mas damas en carretelas y señores á pié, ostentando en los bastones banderas con colores del pabellon nacional. Crecieron mas y mas los vivas, y entre mas flores y músicas y repiques á vuelo de la Colegiata, llegaron los soberanos á la Villa de Guadalupe.

Eran las dos y cuarto cuando la detonacion de ciento un cañonazos y los repiques de campanas anunciaron que SS. MM. se hallaban á la vista de la expresada Villa.

Inmediatamente el Ayuntamiento de la poblacion y el de Méjico, así como el señor arzobispo y cabildo del Santuario, se dirigieron á la puerta de la ciudad en que debian las augustas personas descender del carruaje.

Al bajar de éste, el cabildo de la Villa, precedido por el señor arzobispo, mitrado, en union del Sr. Munguía y del Sr. Covarrubias, recibió á los soberanos bajo del pálio, y el señor arzobispo presentó una cruz para que la besaran. La emperatriz puso sus labios en el signo de la redencion y besó la mano del Sr. Arzobispo.

Igual cosa hizo el emperador; y luego se dirigieron, á pié, hácia el templo, sobre una alfombra de verde matorranto, cuyo agradable aroma embalsamaba la atmósfera.

Por delante, y abriendo la marcha, iba una música de indios de Atzacozalco, que tocaba una marcha entusiasta y agradable, perfectamente ejecutada. Luego iban el colegio de Infantes; los maceros del ayuntamiento; el arzobispo Munguía; el Consejo de gobierno, y tras de todo este séquito, los soberanos, acompañados del arzobispo de

Méjico Don Pelagio Antonio de Labastida, de los generales Bazaine y Neigre, de D. Juan Nepomuceno Almonte y de otros personajes.

El emperador vestia frac y pantalon negros: la emperatriz vestido azul de gró, y cubria graciosamente su hermosa cabeza, un sombrero puesto con suma gracia.

1864. Cerrando la marcha, y vestidos de frac y
Junio. pantalon negro, iban los individuos de las banderitas, tremolándolas y dando vivas á SS. MM.; mas de quinientas personas á caballo, de lo mas granado de Méjico, y un número considerable de señoras que en lujosas carretelas habian ido de Méjico á recibirlos.

Todo era animacion y vida en aquellos momentos.

El pueblo, deseando conocer á sus soberanos, se agolpaba para verles, sin que fuese capaz á contenerle la presencia de los soldados franceses que formaban la valla.

En el suntuoso templo, que estaba espléndidamente iluminado, SS. MM. estuvieron con un recogimiento y devocion edificantes.

Concluida la salve, el emperador, dando la derecha al señor arzobispo, bajó las gradas del presbiterio, y detrás, sola la emperatriz, seguida de varios distinguidos personajes.

Como la habitacion destinada á los monarcas era la Colegiata, el señor arzobispo, al entrar de la iglesia á la sacristía, y pasar por esta á las habitaciones, le dijo al emperador: «Esta es la casa que se le ha dispuesto á vuestra majestad;» á lo que contestó el soberano: «¡Oh! es magnífica!...»

Poco despues de haberse retirado á sus habitaciones,

sabiendo que el pueblo estaba aglomerado debajo de sus balcones, salió á uno de estos y le saludó afable, entre tanto que el viento llevaba la voz de millares de individuos que victoreaban al emperador y á la emperatriz.

Casi todos los habitantes de las aldeas y rancherías del valle de Méjico, habian abandonado sus quehaceres por ir á conocer á los soberanos, y en el punto llamado Santa Marta, próximo ya á la Villa, pasaban de siete mil los indios que se reunieron para victorearles con el entusiasmo mas puro y sincero.

En todas las colgaduras que adornaban las casas y tiendas de la Villa, se veian los retratos del emperador y de la emperatriz.

El siguiente dia, domingo 12 de Junio, fué aun de mayor movimiento y animacion que el anterior. Hacia un año y un dia que se habia promulgado solemnemente el decreto de la asamblea de notables proclamando el imperio con Maximiliano por emperador. No solamente los vecinos de la capital se preparaban para recibir á los soberanos, sino tambien millares de personas que habian ido de otros puntos á Méjico para presenciar la entrada.

No bien publicó el ayuntamiento de la capital el programa en que indicaba las calles por donde habian de pasar los soberanos, cuando ya todas las personas trataron de contar con un sitio seguro para verles. Los balcones de la calle de Plateros, Vergara y San Andrés, fueron alquilados á precios fabulosos, llegando á valer, por solo ese instante de la entrada, desde cien hasta quinientos duros cada uno.

1864. El camino de Morelia, de Toluca, del interior, y de todos los puntos del imperio, era un cordon no interrumpido de gente que en carruajes, á caballo y aun á pié, iba á la capital, ávida de presenciar el acto solemne de la recepcion de sus monarcas; siendo tal la afluencia de forasteros en Méjico, que no encontrando ya posada, ni menos donde alojarse, tuvieron que tomar habitaciones en lo mas retirado de la ciudad y á precios sumamente exorbitantes.

El emperador y la emperatriz, despues de haber oido misa en el suntuoso santuario de la Villa de Guadalupe, subieron al tren del ferro-carril y se dirigieron á Méjico.

La ciudad se habia vestido espléndidamente para recibir dignamente á sus soberanos. Era la novia ataviada con sus mas preciosas galas y ricas joyas, esperando risueña y henchida de júbilo al prometido de quien esperaba la felicidad. Todas las calles, pero muy especialmente las del tránsito de los soberanos, estaban brillando de cintas, colgaduras, coronas, flores y banderolas.

Poco antes de penetrar en la primera calle de Plateros, se elevaba en la plaza de armas un suntuoso arco dedicado al emperador; arco majestuoso, de órden romano, de bellísimas proporciones. En ese arco lucian cuatro hermosas columnas con perfeccion hechas, y en los intercolumnios se descubrian, en relieve, la alegoría de las ciencias y de las artes. Sobre el cornisamento se admiraba un friso donde estaban representadas, en bajo relieve, la comision de Miramar y la junta de notables: sobre ese acabado friso, que servia como de zócalo, se destacaba la estatua del emperador, de tres y media varas: á su derecha tenia la



ARCO DEL EMPERADOR

figura que representa la equidad, y á la izquierda la justicia.

En este arco habia dos dísticos, uno del lado que daba á la calle de Plateros, y el otro del que daba á la Plaza de Armas. El primero estaba basado en las palabras *equidad en la justicia*, que eran el lema de Maximiliano. (1)

Pasando el arco, penetraba uno en la espaciosa calle de Plateros, cuyas elegantes casas se veian cubiertas de ricas colgaduras, de gallardetes de variados colores, de retratos de sus majestades.

En la calle, y á la orilla de ambas aceras, se levantaban largos mástiles pintados con los colores del pabellon nacional, en cuya punta flameaban las banderas francesa y mejicana; descubriéndose en medio de largos palos, pintados cuadros, en cuyo centro se veian las frases mas selectas que S. M. habia pronunciado en sus discursos con respecto á Méjico.

Entre mástil y mástil, se levantaban bellísimas columnas, sosteniendo grandes macetas con naranjos que aromatizaban el aire, prestando á la calle todos los atractivos de un delicioso jardin, que contemplaban millares de jóvenes hermosas, desde los engalanados balcones, en que,

(1) Los dísticos decian así:

Por base el trono la justicia tiene,
Y en la equidad y el órden se sostiene.

El soberano la nacion dirige:
La ley gobierna, la justicia rige.